

Psicologización y feminización: de la novela inglesa de ficción doméstica a la psicología de las revistas femeninas de divulgación

Alberto HONTORIA MACEÍN
Universidad Autónoma de Madrid
alberto.hontoria@titulado.uam.es

Pablo BERENGUER MIRA
Universidad Autónoma de Madrid
pab.berenguer@titulado.uam.es

Recibido: 15-03-2012

Aceptado con modificaciones: 10-07-2012

Aceptado finalmente: 10-10-2012

Resumen

El presente proyecto tiene por objetivo analizar los problemáticos vínculos entre los procesos históricos de *feminización* y *psicologización*, a partir del periodo que conocemos convencionalmente como “modernidad”. Tomando como referencia el trabajo de Nancy Armstrong (1987/1991) sobre el surgimiento de la novela de ficción doméstica en Inglaterra, discutiremos en qué medida los imperativos de la feminidad burguesa –recogidos y reorganizados en estos soportes narrativos– posibilitaron la constitución de una subjetividad novedosamente psicológica. Antes de que la psicología deviniese en institución, muchos de sus futuros dominios disciplinares ya circulaban, en cierto modo, en la literatura de ficción doméstica. Nuestra hipótesis, por tanto, consiste en sugerir que los códigos burgueses – que trataron de regular una idea de lo femenino centrada en la domesticidad– avalaron, al mismo tiempo, determinadas condiciones de emergencia para la *psicologización* del yo y de la cultura. Tras esbozar una genealogía de este tipo de novelas y repasar algunos de los elementos más relevantes en la hibridación entre *psicologización* y *feminización*, veremos las formas de regulación procuradas por estas tramas históricas en la actualidad. En concreto, daremos cuenta de esta alianza a través de las revistas de divulgación dirigidas a mujeres con título “psicología”.

Palabras clave: feminidad, psicología, ficción doméstica, mujer burguesa, revistas femeninas de psicología

Psychologizing and feminization: from the English novel of domestic fiction to the psychology of women's magazines

Abstract

This project aims to analyze the problematic links between the historical processes of *feminization* and *psychologizing*, from the period conventionally known as “modernity”. According to Nancy Armstrong (1987/1991) about the rise of domestic fiction novel in England, will discuss the extent to which the imperatives of bourgeois femininity –collected and reorganized in these media-narrative– allowed the establishment of a psychological subjectivity innovatively. Before psychology came to be institutionalized, many of its future disciplinary domains were already in the domestic fiction. Our hypothesis, therefore, is to suggest that bourgeois codes –that tried to regulate an idea of the feminity focused on domesticity– promoted, at the same time, certain conditions for the emergence of psychology. After making a genealogy of such novels and reviewing some of the most important elements in the hybridization between *psychologizing* and *feminization*, we see the forms of regulation procured by these historical plots today. Specifically, we address this alliance through disclosure magazines aimed at women with the title “psychology”

Keywords: feminity, psychology, feminity, domestic fiction, bourgeois woman, women´s magazines in psychology

Referencia normalizada

Hontoria Macein, A., Berenguer Mira, P. (2013). “Psicologización y feminización: de la novela inglesa de ficción doméstica a la psicología de las revistas femeninas de divulgación”. *Política y Sociedad*, Vol.50 núm. 1: páginas. 305-325

Sumario: Introducción. 1.Hacia una genealogía de la ficción doméstica en Inglaterra. 2.Inactividad y reclusión: condiciones para la psicologización en la mujer burguesa. 3.La cultura psicológica y los dispositivos de feminización contemporáneos: revistas para mujeres con nombre de “psicología. 4.Conclusiones

Introducción

“Tal vez no sea una coincidencia que la entrada de la mujer en el mundo de las letras surja simultáneamente a la aparición de la novela psicológica y a una concepción nueva de la narrativa, cuyo rasgo más distintivo con respecto a la anterior es la desaparición de la trama como elemento esencial, con el consiguiente abandono de la acción a favor de una observación de la evolución psicológica del personaje (...)” (Moliner, 1994: 90).

Hemos planteado este texto con ánimo de estudiar las relaciones entre psicología y construcción socio-cultural de la feminidad, desde una perspectiva histórica que enfatice la relevancia de la novela de *ficción doméstica* (Armstrong, 1987/1991) en la constitución de una idea de subjetividad femenina y, lo que es más importante, en

el modelo más general de subjetividad moderna. El ascenso de este género literario en la Inglaterra del siglo XVIII puede entenderse desde un contexto ideológico en el que se estaba fraguando el asentamiento –y no tanto la emergencia– de las clases medias.

Siguiendo a Nancy Armstrong, sostendremos que fueron precisamente estos soportes narrativos –a resultas de sus operaciones de homologación o hegemonía cultural– los que permitieron la consolidación de la burguesía inglesa frente al aristocratismo¹. Pero, antes que cualquier otra cosa, incidiremos en la importancia de los *dispositivos de feminización* (Varela, 1997) de la época con dos fines básicos: tomar una referencia histórica mediante la que estudiar el alcance de la domesticidad –y de determinadas premisas modernas occidentales de feminidad– en la hipertrofia del yo y en el avance colonizador de la psicología; y dar cuenta de la ficción doméstica como parte irrenunciable de una genealogía de las formas culturales de *psicologización*². Esto, opinamos, nos llevará a atender las técnicas de *feminización* como uno de los dominios sociales en los que la *psicologicidad* vino a aparecer, y desde el que la psicología, a día de hoy, sigue trabajando.

Para abordar esta serie de problemas recurriremos fundamentalmente a la obra *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela* (1987/1991) de Nancy Armstrong. Nuestro propósito reside, más allá de efectuar una mera revisión de la fascinante tesis de la citada autora, en poner de manifiesto la vigencia actual de esta trama histórica en numerosos productos culturales contemporáneos. Más concretamente, nos centraremos en las revistas de divulgación “femeninas”³ que pueden encontrarse en cualquier quiosco bajo el título “psicología”.

Nancy Armstrong comienza su obra acotando la idea de novela que va a defender para la categoría de *ficción doméstica* o *novela doméstica*. Parafraseando a Armstrong, la ficción doméstica alude a ese conjunto de dispositivos literarios que,

¹ En oposición a la literatura burguesa, Celia Amorós propone la novela *Justine o los infortunios de la virtud* del Marqués de Sade como ejemplo prototípico de la narrativa aristocrático-libertina. En Amorós, C. (2005) Crítica de la identidad pura. *Debats*, 89. Pág. 62-72.

² A un nivel de determinación más amplio, nos gustaría señalar que nuestro trabajo cobra sentido desde un campo de investigación que pretende estudiar la dinámica histórica de la psicología como parte de un proceso más global de *psicologización* de la cultura (ver, por ejemplo, Blanco, 2002; Álvarez-Uría, 2006; Álvarez-Uría, 2011). En palabras de Florentino Blanco (2002): “La psicología no puede seguir siendo entendida como *una disciplina científica*, sino como un territorio heterogéneo, dedicado al cultivo de sujetos, ocupado en la dilucidación argumental de los límites legales del sujeto (...) Por eso, y no por una mera cuestión de modas, preferimos hablar de una *genealogía de la mente*, o de la *psicologización*, más que de una historia de la psicología” (Blanco 2002: 173).

³ En el artículo *Aproximación teórica al concepto de prensa femenina* de María Isabel Menéndez (2009) encontramos una relevante reflexión acerca de la problemática categoría de *prensa dirigida a mujeres*. Para un estudio histórico de la prensa femenina en España, véase Roig (1977) y Sánchez (2009).

a partir del Siglo de las Luces, pretendieron escindir el lenguaje de la sexualidad del lenguaje de las relaciones políticas. Esta segmentación, asimismo, dio paso a considerar el deseo como algo ajeno a la historia política. La novela doméstica dispuso las condiciones, por tanto, para introducir y divulgar una concepción en clave subjetiva –psicológica, *psicologizada*– de la sexualidad; logrando así enmascarar el estatuto político del gobierno de lo sexual. Pero esta novela doméstica, por otro lado, también supuso el espacio cultural desde el que cancelar las relaciones de sangre y de parentesco de la aristocracia, en favor de un orden burgués centrado en la producción del deseo.

En este sentido, uno de los principales intereses de la autora es elaborar una genealogía de este tipo de novelas, que dé cuenta de las transformaciones socio-materiales (retóricas, semióticas, etc.) que hicieron viable el triunfo o éxito de la sexualidad burguesa en detrimento de la moral sexual aristocrática (más relacionada con la carnalidad y la apariencia física). Dirigida principalmente a mujeres –y, en general, también escrita por ellas–, la ficción doméstica concedió a la burguesía la oportunidad de convertir a la mujer en el escenario de la confrontación política. Citando textualmente las palabras de Armstrong:

“A mi juicio, las narraciones que parecían ocuparse exclusivamente de los asuntos de noviazgo y matrimonio se atribuían de hecho la autoridad de decir qué era lo femenino, y que lo hacían con el fin de rebatir las nociones reinantes de relaciones de parentesco que atribuían la mayoría del poder y el privilegio a ciertas líneas familiares. Esta pugna por representar la sexualidad tomó la forma de una lucha por individualizar allí donde hubiera una colectividad, por atribuir motivos psicológicos a lo que había sido un comportamiento abiertamente político de grupos en contienda, y a evaluarlos de acuerdo con un conjunto de normas morales que exaltaban a la mujer doméstica más allá y por encima de su contrapartida aristocrática. Es decir, la mujer era la figura, por encima de todo lo demás, de la que dependía el resultado de la lucha entre ideologías en disputa” (Armstrong, 1987/1991: 17).

Como vemos, hablamos primero de una historia de la sexualidad que no puede ser considerada independientemente de la historia de los procesos de individualización. Más aún, entendemos que la reconversión de esta individualización en *psicologización*⁴ compromete la propia distinción entre sexualidad y subjetividad: en el momento en el que los procesos políticos y sociales de identificación, a partir del

⁴ En los textos *Viaje al interior del yo* (2006) y *La psicologización del yo: materiales para una genealogía del descubrimiento del mundo interior* (2011), Fernando Álvarez-Uría señala los cambios históricos que añadieron la psicologización a los procesos de individualización. Entre otras esferas de análisis, Álvarez-Uría hace hincapié en algunas circunstancias decisivas desde finales del XIX hasta la primera mitad del siglo XX: la centralidad de la ética en la sociología alemana, la irrupción y difusión del psicoanálisis, la mediación de formas artísticas como la pintura y la literatura, o la relevancia del orientalismo en la consolidación de un imaginario del viaje y del retiro.

XVIII, se van restringiendo cada vez más al ámbito del reconocimiento de las diferencias entre hombres y mujeres, resulta imposible hablar de una subjetividad (de un yo psicológico) que no se encuentre ya atravesada por el género y la dicotomía sexual. La ficción precedente “(...) que representaba la identidad en términos de región, secta o facción, no pudo afirmar demasiado bien la universalidad de ninguna forma particular de deseo” (Armstrong, 1987/1991: 22).

Y segundo, de una historia que, como proponen Armstrong (1987/1991) y Foucault (*Historia de la sexualidad*, 1976/2009), ha de comprenderse desde las propias representaciones de lo sexual que van acotando y constituyendo la sexualidad misma. Es decir, no hay manera de entender una sexualidad que ya preexista a los discursos y operaciones de presentación –y representación– que se han efectuado sobre los cuerpos. O, expresado de otro modo, el deseo burgués no precedería ni a las novelas ni a los demás medios y técnicas que trataron de modularlo. Oscar Wilde dijo que la vida imitaba al arte más que el arte a la vida. El arte no es tanto un reflejo como un laboratorio de la experiencia a través del cual la experiencia se va organizando de forma significativa. Como botón de muestra a esta cuestión, Bruner nos invita en *Actos de significado* a recordar “(...) la respuesta que dio Picasso a los amigos de Gertrude Stein cuando le dijeron que pensaba que el retrato que le había hecho no se le parecía mucho. «Decidle que espere», respondió el pintor, «ya se parecerá»” (2006: 45). El arte, en tanto que arte, tiene por compromiso la reflexión teórica sobre la vida. Suscribiríamos, incluso, que toda forma artística toma necesariamente conciencia de los medios por los que afecta y redefine la cultura de la que participa. Bajo esta perspectiva, nos enfrentamos a la novela como un acontecimiento artístico con la capacidad de *performar* modelos antropológicos y condiciones particulares de existencia.

Recapitulando la reflexión de Armstrong que nos ha traído hasta aquí, ¿qué podemos entender por este deseo –o esta producción del deseo por las clases medias– que vino a sustituir la dinámica hermética de reproducción de los linajes aristocráticos?, ¿qué peculiaridades tenía este deseo burgués que trataba de superar la ostentación y voluptuosidad de la aristocracia? Por encima de todo, la producción del deseo burgués a través de la mujer persiguió transformar la erótica del cuerpo en una sensualidad de las palabras. Este proceso no sólo vino a cambiar lo que volvía atractiva a una mujer, sino, lo que es más, a transfigurar el estatuto mismo de *lo femenino*. A la sexualidad carnal de las clases altas se contrapuso el ideal de *mujer escrita*: una mujer que se vuelve deseable precisamente en cuanto que es capaz de articular un lenguaje del deseo. Un itinerario que nos lleva de la corporalidad a la psicología, de la superficie a la profundidad, del placer del cuerpo a una hipertrofia *interior* a través de la palabra. Para observar con más detalle esta preeminencia de la palabra sobre el cuerpo en el atractivo de la mujer burguesa a través del campo de la literatura, podemos acudir a una cita de Lennard Davis en *Resistir a la novela. Novelas para resistir*: “Cuando durante el siglo XIX se abandona en ocasiones la convención de la belleza femenina, se abandona normalmente en favor de la mujer simple pero verbalmente hábil” (1997/2002: 244).

Tras haber introducido, *grosso modo*, el planteamiento y el contexto teórico desde los que vamos a trabajar, a continuación indicaremos el tipo de estructura que asumirá el texto. En primera instancia, repasaremos al hilo de Armstrong lo que podría ser una historia de la ficción doméstica inglesa. Ofreceremos, bajo esta inquietud, una breve síntesis de los momentos críticos y paradigmáticos del desarrollo de este género narrativo, procurando no perder de vista la relación entre esta forma de literatura y los modos de *psicologización* a los que pudo dar lugar. Seguidamente, reflexionaremos acerca de las consecuencias de la gramática de domesticidad de cara a la emergencia de formas de hablar psicológicas –hipertrofia de la interioridad, discursos *psi*, retóricas mentalistas, etc.–. Acometeremos esta tarea a través de herramientas de análisis topológico –en términos de las metáforas y prácticas que moviliza el espacio doméstico–, y también mediante el estudio de las implicaciones que las condiciones de la inactividad del hogar tienen en la producción de subjetividad. Para acabar, trasladaremos este *corpus* teórico de inquietudes a algunos de los territorios en los que, a nuestro juicio, se condensan y materializan en la actualidad –o, expresado con más propiedad, en acontecimientos culturales actuales– las problemáticas relaciones entre los procesos de *psicologización* y los procesos –igualmente históricos– de *feminización*.

1. Hacia una genealogía de la ficción doméstica en Inglaterra

Una historiogénesis de los libros de conducta habría de remontarse, al menos, a la Edad Media. No es nuestro interés tomar parte en el análisis de estos manuales, pero sí reseñar su trascendencia en cualquier intento que se precie de trazar una genealogía de las novelas de ficción doméstica. Esta repercusión puede comprenderse a partir, fundamentalmente, de la figura de Samuel Richardson (1689-1761). La obra *Pamela* (1740) de Richardson abre un ciclo histórico por el que las doctrinas propugnadas por los manuales de conducta son asimiladas a la literatura de ficción. De hecho, la propia distinción entre “ficción” y “no-ficción” resulta problemática porque la producción de Richardson ayudó a confundir esta distinción o, por lo pronto, a difuminar la frontera entre la exhortación directa –la interpelación, la llamada al orden de los manuales de conducta– y la conminación novelada camuflada en la ficción.

Los libros de conducta fueron el marco de referencia de la ficción doméstica posterior. Y Richardson, a modo de bisagra, reformuló la ideología de la domesticidad en un momento en el que los manuales ya habían hecho su trabajo, y sus preceptos ya habían calado en el sentido común. La continuidad de la obra de Jane Austen (1775-1817) con la de Richardson es tan notoria que incluso Armstrong llega a comentar que “(...) se puede decir sin miedo que una novela como *Orgullo y prejuicio* comenzó donde *Pamela* terminó (...)” (Armstrong, 1987/1991: 164). La narrativa de Austen, lejos de apartarse de la senda iniciada por Richardson, recupera el proyecto del escritor inglés y lo lleva al afianzamiento de la ficción doméstica como género literario. A diferencia de Richardson –cuya novela mantiene cierta

ambigüedad respecto a los límites de clase–, Austen representa ese movimiento por el que las *clases medias acomodadas* son ya su grupo de referencia a la hora de escribir –siendo, además, abiertamente diferenciadas de la nobleza–. Por otro lado, si bien en *Pamela* (1740) la subjetividad femenina ha de hacerse valer en algún orden material y socio-político (recalcando constantemente, a pesar de ello, una individualidad cifrada en clave sexual); en *Emma* (1815) de Jane Austen, ya no hay ninguna necesidad de que la subjetividad efectúe un papel más allá de regularse a sí misma. De un medio para procurar cambios, en definitiva, se instituye en un fin por sí solo.

En las décadas de 1820 y 1830 –en los albores de la época victoriana–, apenas prosperaron novelas domésticas de renombre en Inglaterra. En un momento en el que se estaban gestando los primeros movimientos obreros y asociaciones sindicales –que tanto discutían los mecanismos de alienación de la revolución industrial, como ensalzaban el valor de las afiliaciones comunitarias–, el bagaje productivo de la ficción doméstica se detuvo. Con el establecimiento definitivo de la industrialización, la ficción doméstica alcanzó su máximo esplendor alrededor de 1840. A partir de este periodo (1840), y con autores como Charles Dickens, Elizabeth Gaskell o William Thackeray, ya no se volcaría en la ficción el contenido de los manuales de conducta, sino las formas de represión y sujeción políticas que se fueron implantando a lo largo del XIX: “En manos de Gaskell y Dickens sobre todo, la ficción doméstica llevó el proceso de la supresión de la resistencia política al dominio de la literatura popular, donde determinó nuevos dominios de aberración que requerían domesticación” (Armstrong, 1987/1991: 194).

Este aleccionamiento contra las alternativas políticas de organización se sostuvo a través de una alegorización de los conflictos sociales como relaciones sexuales –relaciones que, a su vez, estaban basadas literariamente en las patologías y enajenaciones de personajes femeninos–. Lo que aseguramos, desde esta posición, es que se tuvo que estabilizar una determinada inconsciencia política que avalara los procesos, en buena medida paralelos, de *psicologización*.

El apogeo de este proceso de depuración y sofisticación de la novela doméstica podemos encontrarlo de manera predilecta en la literatura de las hermanas Brontë. La preeminencia de su trabajo en la constitución de la *psicologización* rebasa todo esfuerzo anterior, hasta tal punto que las novelas de las hermanas Brontë “(...) tuvieron más que ver con la formulación universal de formas de subjetividad que ningún otro novelista. Si hoy en día sus escritos parecen no guardar relación con la historia, es porque perfeccionaron tropos para distinguir a la ficción de los escritos vinculados a la historia. Estos tropos tradujeron todo tipo de información política a términos psicológicos (...) Con todo, no hace falta demasiada imaginación para pensar que estas mujeres conocían el poder del lenguaje para constituir subjetividad y sabían también que tal poder estaba fácilmente al alcance de las mujeres”. (Armstrong, 1987/1991: 221, 226).

Con la producción de las Brontë, asistimos a esa tautología por la que no hay medio de juzgar la calidad de los libros de estas autoras que no se apropie de la semántica y de la terminología psicológica que estos mismos libros disponen. Por

esgrimir un ejemplo, Armstrong habla del proceso por el que la crítica a las novelas de las Brontë ha de armarse, necesariamente, desde las propias categorías psicológicas transmitidas por su literatura.

Finalmente, el nacimiento del psicoanálisis supone una de las mejores muestras para entender el alcance de la historia de la ficción doméstica inglesa en los procesos culturales modernos de *psicologización*. Sin ir más lejos, ya en el siglo XX, el entorno de Virginia Woolf (1882-1941) participaba atentamente de los virajes en las teorías psicoanalíticas. Su marido, Leonard Woolf, tradujo al inglés buena parte de la obra de Freud y de las publicaciones del British Psychoanalytic Institute (Armstrong, 1987/1991). Sin poder clasificar la literatura de Virginia Woolf como perteneciente, en términos estrictos, al género de ficción doméstica; lo que sí defendemos es que la narrativa de Woolf se halla ampliamente atravesada de recursos y técnicas de *mentalización* o *subjetivación*⁵ que ya se encontraban presentes en el imaginario doméstico de la ficción previa. De algún modo, Woolf no fue tan solo la prueba de la productividad de la literatura doméstica en la constitución de una cultura psicológica, sino que, retrospectivamente, también podemos tomarla como una de las figuras que ya fue anticipando la segregación de *lo psicológico* respecto a otras formas de actividad y de representación. En Woolf ya no se articulan de forma tan explícita los imperativos domésticos del hogar; sin embargo, ha quedado el lenguaje, el discurso psicológico del yo que vino a aparecer, como hemos planteado, a raíz de la ficción inglesa del XVIII.

2. Inactividad y reclusión: condiciones para la *psicologización* en la mujer burguesa

Tras haber plasmado esta breve genealogía de la ficción doméstica a partir de Armstrong, estimamos muy adecuado recurrir a *La dominación masculina* (1998/2010) de Pierre Bourdieu, con ánimo de subrayar la imbricación entre el orden de la literatura –que acabamos de recorrer– y el dominio de la subjetividad:

“Las oposiciones inscritas en la estructura social de los ámbitos sirven de soporte a (...) unas taxonomías prácticas, a menudo registradas en unos sistemas de adjetivos, que permiten producir unas valoraciones éticas, estéticas (...) la sociología, situada del lado del ágora y de la política (...) la psicología, consagrada a la interioridad, al igual que la literatura” (Bourdieu, 1998/2010: 129-130).

⁵ Isabel Anievas-Gamallo (1992) tiene un artículo que explora las técnicas lingüísticas (descripción omnisciente, monólogo indirecto, etc.) presentes en el libro *Mrs. Dalloway* de Virginia Woolf, en relación con las operaciones de *psicologización* que éstas técnicas proponen. Bajo el nombre de “flujo de conciencia” (*stream of consciousness*) se agrupa un conjunto de novelas –entre ellas, por supuesto, la de Woolf– que tratan de cancelar la acción sustituyéndola por un relato de *acción mental*: donde nada pasa, donde no hay actividades que narrar.

Con Bourdieu encontramos otro ejemplo de las relaciones históricas entre ficción literaria y psicología. Pero, más allá de esta cuestión, lo que nos interesa analizar es por qué este vínculo se concretó a partir de una literatura que fue, sobre todo, *femenina*; esto es, *escrita por, sobre y para mujeres* (Armstrong, 1987/1991).

Hemos comentado que uno de los cometidos principales de este texto es indagar las posibles articulaciones entre las formas de *psicologización* y la producción histórica de la feminidad. Bajo la perspectiva de Armstrong, los procesos de *feminización* que llegaron de la mano de la burguesía pasaron, indefectiblemente, por un recurso prioritario a la domesticidad y a los dispositivos domésticos de reclusión. Desde esta posición, uno de los horizontes que más nos gustaría explorar es el de los vínculos entre el confinamiento de las mujeres en el hogar y la emergencia, por así decir, de una psicología en sentido moderno. Se nos ocurren, para empezar, dos vías tentativas de ataque: (1) un breve análisis *à la Bachelard* (*topoanálisis*), esto es, de las relaciones poéticas o tropológicas entre el espacio físico y el espacio de la subjetividad; y (2) una reflexión que trate de ver cómo las condiciones de inactividad y de inacción –a las que lleva la domesticidad– generan lenguajes mentalistas, psicológicos o subjetivos.

Para empezar, Gaston Bachelard nos sugiere en *La poética del espacio* (1957/2011) que “(...) todo rincón de una casa, todo rincón de un cuarto, todo espacio reducido donde nos gusta acurrucarnos, agazaparnos sobre nosotros mismos, es para la imaginación una soledad, es decir, el germen de un cuarto, el germen de una casa (...) En muchos aspectos, el rincón "vivido" se niega a la vida, restringe la vida, oculta la vida. El rincón es entonces una negación del universo” (Bachelard, 2011: 171).

Siguiendo a Bachelard, nos aproximamos al espacio del hogar como posibilidad y, al mismo tiempo, como obstáculo. El territorio aislado de la casa promete una protección y una seguridad; no obstante, a su vez, se despliega también como una oportunidad para la hipertrofia de lo interior –del deseo, de la ensoñación, de lo inmaterial– e incluso como una separación/superación (mediante la imaginación, la introspección) del orden de lo real.

En ciertos aspectos, nos plantearíamos la arquitectura de la casa como reguladora y normalizadora de una arquitectura interior o *psicologizada*. Una relación que permite entender ese espacio del hogar como una metáfora del *espacio interior*. O, explicado con mayor sencillez, la mujer burguesa se retira a su lugar propio, a su *lugar interior* (*su casa, su hogar*) para estar en su interior (*su individualidad, su subjetividad*). Es decir, una forma de aislamiento como forma de introspección –término derivado de *introspicère*, literalmente, “mirar adentro” (RAE, 2001)– o, mejor dicho, una forma de aislamiento que dé pie a la introspección. Ese espacio doméstico, partiendo de este punto de vista, se vuelve el lugar idóneo desde el que advertir las relaciones de génesis mediante las que se va dando la ocasión de apalabrar *lo interior, lo mío, lo psicológico, lo mental*, lo que *más y mejor* define *mi individualidad*.

Continuando con esta incursión en términos de topoanálisis, tenemos al alcance otro ejemplo magnífico de Pierre Bourdieu –extraído de una entrevista concedida por el sociólogo a la televisión francesa en el año 1991– que resume a la perfección las continuidades entre la interioridad del hogar y la interioridad psicológica del yo a través de la figura de la feminidad: “(...) la casa es un subespacio femenino en el interior del mundo masculino. Existe la oposición casa-lugar público u hoy casa-café. El lugar público es masculino por ser el lugar del discurso, de la palabra masculina, de la política, etc. La casa es el lugar de la intimidad, de la psicología, de la interioridad, de la biología, la naturaleza, la reproducción, la cultura-naturaleza”.

Y es que, como afirmaba Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* (1949/2011) al recalcar la distinta situación de hombres y mujeres a este respecto: “El hombre no se interesa demasiado por su interior porque accede a todo el universo y porque puede afirmarse en proyectos. Sin embargo, la mujer está encerrada en la comunidad conyugal: tiene que transformar en reino esta prisión”. (Beauvoir, 2011: 575).

A partir de la consideración de Beauvoir, podemos ver en qué medida las circunstancias de enclaustramiento están ligadas a la imposibilidad de actuar en el mundo y de ejercer autonomía. Frente al acceso de los hombres a todas las esferas de actividad, las mujeres han tenido que buscar fórmulas de sentido que sortearan la paradoja de un sujeto que, lejos de ser pura posibilidad, existe apartado o al margen de los procesos de agencialidad.

“Su hogar es para ella la parcela de tierra que le corresponde, la expresión de su valor social y de su verdad más íntima. Porque *no hace* nada, se busca afanosamente en lo que *tiene* (...) la mujer se pregunta con esperanza ansiosa –o con aprensión no menos ansiosa– si esta noche –¡por fin!, ¡otra vez!– pasará algo”. (Beauvoir, 1949/2011: 576, 621).

Sin poder pasearse por la ciudad o transitar libremente, las mujeres encuentran en el hogar su cárcel más que su refugio. La burguesía, al contrario que las formas de control del cuerpo y de la sexualidad más laxas de la aristocracia, se lanzó a ocultar a las mujeres, volviéndolas prisioneras de sus propias casas. Los libros de conducta primero, y después las novelas de ficción doméstica –de forma más velada, disimulada y subrepticia– se afanaron en alabar los beneficios para las mujeres de este modelo de existencia y de fijar por todos los medios las pautas de conducta que este aberrante modelo acarrearaba.

El hogar como garante de inacción –o como antagonista de la actividad– es algo que supo ver muy bien el propio Bachelard. Pero, además, fue Bachelard quien respaldó una idea de subjetividad o reflexividad como producto de determinadas formas de clausura, de permanencia, de conservación: “(...) primeramente, el rincón es un refugio que nos asegura un primer valor del ser: la inmovilidad. Es el local seguro, el local próximo de mi inmovilidad. El rincón es una especie de semi-caja, mitad muros, mitad puerta (...) Ya hay que designar el espacio de la inmovilidad convirtiéndolo en el espacio del ser”. (Bachelard, 2011: 172).

Esta idea de Bachelard habría que matizarla ineludiblemente, ya que la mujer no está condenada a la inacción del hogar, sino todo lo contrario: se ve obligada a

desempeñar una acción permanente. Esta ocupación incesante, considerada como cualidad femenina, se denomina “diligencia” en los manuales de conducta. Por tanto, hemos de precisar que la mujer doméstica –al igual que los personajes femeninos de la ficción doméstica– se mueve constantemente. Cuando hablamos de inmovilidad, nos referimos –y esto es muy importante– a una inmovilidad en el exterior, al margen de la reclusión del hogar. Es el recinto limitado y cerrado de la casa el que estimula la inacción pública y anula la repercusión en el exterior de las actividades del hogar.

A partir de esta tensión, de esta dialéctica entre la apertura y la limitación que procura el hogar, nos topamos con un espacio que justamente por su potestad para suspender la acción y restringir la libertad, se vuelve el lugar idóneo para la promoción y defensa de un yo esencial: un sujeto que no se remite a ningún orden del hacer –esto es, un sujeto en cuanto sujeto que habla, un sujeto en cuanto sujeto que trabaja (Foucault, 1966/1997)–, sino que es sujeto psicológico, yo psicológico, ¿sujeto a qué?... *sujeto sujetado* por definición. Como destacaba María Moliner en la cita introductoria del presente artículo, el alcance del vínculo entre la psicología y la cancelación de la acción (la no-acción, la inmovilidad) puede apreciarse de manera flagrante en la metamorfosis de los códigos literarios de la novela. El paso de la acción narrativa a la caracterización psicológica –o el paso de los movimientos de los personajes a la exégesis detenida de personajes que no se mueven– revela que no hay vía de *psicologizar* a un personaje que no pase por agotar sus posibilidades de acción. O, contado un poco a la ligera, no hay psicología en la épica ni en las narrativas de aventuras.

La inmovilidad y la negación del cambio –de la mutabilidad, de la flexibilidad– son ya, como intuye Bachelard, las cláusulas ineludibles de una psicología que pretenda estar ahí antes que cualquier discurso, que cualquier práctica o coyuntura histórico-social. No es, visto así, que la soledad, el deseo o la imaginación impliquen propiedades de una interioridad ontológica y humanamente universal: son resultado de condiciones de posibilidad concretas y de formas específicas de organización de la vivencia. Buena parte de las operaciones, por explicarlo así, que nos permiten hablar de algo *psicológico*.

Dice Beauvoir de la mujer que “Porque depende de todo y de todos, sólo puede conocer una libertad interior (...)”. (Beauvoir, 1949/2011: 622). Una libertad que, en el mismo momento en que se declara psicológica, interior... ya está garantizando y reafirmando la ausencia de actividad, de movimiento y, por ende, de una libertad en términos estrictos. El ámbito doméstico, por tanto, como espacio de dominación masculina centrado en las formas de encierro burguesas, se instituye en la cárcel de las mujeres de las clases medias que no tienen oportunidad de salir al exterior y participar políticamente, o de intervenir en las formas de socialización públicas de la ciudad. A su vez, esto se prestaría para comprender –tal y como hemos expuesto– de qué manera los mecanismos de reclusión de la mujer en el hogar –pedagógicos, simbólicos, estéticos, etc.– han proporcionado condiciones de *psicologización* o, lo que es lo mismo, de modelos discursivos y lingüísticos eminentemente psicológicos que han ido cubriendo el espacio de la interioridad, de lo interior, de la individuali-

dad más *ahistórica* y radical⁶: “Porque no son nada, muchas mujeres limitan orgullosamente sus intereses a su yo, que hipertrofian para confundirlo con el Todo (...) Su interior se convierte en el templo en el que se desarrolla su culto”. (Beauvoir, 1949/2011: 791-792, 799).

3. La cultura psicológica y los *dispositivos de feminización* contemporáneos: revistas para mujeres con nombre de “psicología”

Tal y como vimos con anterioridad a propósito de la obra de Virginia Woolf, la génesis histórica de lo psicológico no puede advertirse sino a través de su progresiva escisión respecto a otros órdenes de actividad. El estatuto actual de autonomía de la psicología puede empujarnos, desde un *presentismo* historiográfico no muy prometedor, a no reparar en las circunstancias históricas por las que, lo que hoy denominamos “psicología”, estuvo durante mucho tiempo fundido con otras esferas de acción humanas.

¿Cómo enfrentaremos esta paulatina escisión de la psicología en nuestro campo de trabajo? Si bien con Woolf hablábamos de una narrativa psicológica que ya no requería concretar las condiciones de domesticidad a partir de las que había surgido; de aquí en adelante, afrontaremos las revistas de divulgación sobre psicología como artefactos en los que –pese a dirigirse a mujeres y seguir participando de determinados axiomas de la feminidad burguesa– ya se ha dissociado un dominio psicológico relativamente independiente y estable.

Debido a esta inquietud, nos centraremos, por tanto, en una clase de acontecer sociocultural muy específico: las revistas de divulgación que se adscriben oficial e institucionalmente a la categoría genérica de “mujer”; y que, además, toman por nombre el término “psicología”, o bien, lo incluyen en su cabecera o rótulo de portada⁷.

⁶ El poder de la marginación política para facilitar la *psicologización* es un terreno que, en alguna medida, ya atisbó la filósofa francesa Simone Weil (1909-1943). Tomando la lectura que Wanda Tomassi (1993) efectúa sobre esta autora: «Toda la crítica weiliana de la imaginación, la lucha contra la “tentación de la vida interior”, yo la veo dirigida a contrastar la tendencia femenina a la hipertrofia de la interioridad y de la imaginación; tendencia probablemente favorecida por una escasa familiaridad de las mujeres con la escena pública, pero ciertamente cómplice con el mantenimiento de un poder que, de hecho, es preponderantemente masculino».

⁷ La alianza entre la psicología y los productos socioculturales dirigidos a mujeres no se limita a las publicaciones con título “psicología”, sino que también aparece como apartado o sección fija en muchas de las revistas denominadas “femeninas”: “Psicología” en la revista *Lecturas*, “Consultorio. «El psicólogo responde»” en la revista *Mía*, etc.

Las tres publicaciones periódicas que cumplen este requisito y que salen al mercado en España⁸ son *Psychologies*, *Psicología Práctica* y *Mente Sana: la revista de psicología positiva*. Las tres revistas salen al mercado con una periodicidad mensual. La primera de ellas está siendo editada en España por Prisma Publicaciones desde el año 2005 bajo la dirección de Raquel Gago. *Psicología Práctica*, dirigida por Pepa Castro, se edita en España a cargo de Globus desde 1999. Mientras que la revista *Mente Sana*, dirigida por Lis Marcé y cuyo editor es el reconocido divulgador del mundo de la autoayuda Jorge Bucay, es comercializada en nuestro país por el grupo editorial RBA desde 2005.

Así, procuraremos explicar de qué manera la psicología se convierte en el pretexto –y en el discurso predilecto– para nombrar y entroncar el conjunto de acontecimientos que, históricamente, se han ido sancionando como constitutivos de la feminidad burguesa –familia, educación, afectividad, cuidado, maternidad, etc.–. Por poner un ejemplo, vamos a mencionar algunas de las secciones que componen la cartografía de las revistas:

“Bienestar salud”, “Bienestar alimentación” (*Mente sana: la revista de psicología positiva*).

“Familia”, “Relaciones”, “Hijos” (*Psychologies*).

“De corazón”, “Escuela de Padres”, “Pareja” (*Psicología práctica*).

A fin de cuentas, nuestra propuesta pasa por afirmar que la defensa y justificación de estas actividades como “femeninas” encuentra uno de sus mayores aliados en el recurso a un argumento en clave psicológica. A saber, ya no es que lo psicológico desempeñe un papel relevante en la estructura de contenidos de estas revistas, sino que la psicología es el lenguaje específico –terminología psicológica, retórica psicológica, etc– a través del cual se habla de temas tan dispares como relaciones de pareja, maternidad o alimentación.

⁸ Fuera de nuestro país, el alcance y proliferación de este tipo de revistas es digno de mención. Por poner algún ejemplo, en Hungría se edita una revista llamada *Nők Lapja Psziché* –traducido como “Diario de la psique de las mujeres”–; mientras que en Estados Unidos encontramos la publicación *femenina Self* – “Yo”–, o la revista *Psychology Today* – “La psicología de hoy”– que, aun no presentándose ésta última explícitamente como *femenina*, emplea una mayoría aplastante de imágenes de mujeres en sus páginas y contenidos. Tomando conciencia de los efectos de homogeneidad de las políticas neoliberales que ya *han logrado* que estos productos no valgan solamente para una forma de vida *occidental*, diremos que estas revistas operan más allá de las diluidas fronteras de Europa y Norteamérica. En la India, mismamente, hay una publicación que viene a confirmar nuestras sospechas: la revista sobre psicología de las mujeres *Grihalakshmi* –literalmente, “La riqueza de la casa”, término hindú que designa a la mujer que protege a su familia y gestiona adecuadamente el patrimonio del hogar.

“Aprender a respetar el espacio físico y *psicológico* que se crea con la pareja es esencial para asentar las bases de la nueva familia” (la palabra en cursiva destacada en el original) (*Mente Sana: la revista de psicología positiva*, nº 62: 63).

“¿A tu hijo le cuesta estudiar? Aprende a motivarle según sea su personalidad” (*Psicología Práctica*, nº 130: 16).

“La alimentación puede deprimirnos. Una dieta basada en fruta, verdura y pescado favorece el optimismo y aleja los trastornos depresivos” (*Psychologies*, nº 69: 108).

Llegados a este punto, comentaremos que nos vamos a centrar en algunas de las regularidades léxico-semánticas y expresivas del discurso psicológico presente en estas revistas. A este respecto, el historiador de la psicología Kurt Danziger plantea en *Naming the mind* (1997) que el lenguaje psicológico supone la mayor conquista histórica de la disciplina. En palabras del autor: “(...), that language occupies a specially significant place in the history of the discipline. It represents the most appropriate point of entry for a conceptual history (...)”. (p. 17). Alineándonos con esta postura, uno de nuestros intereses será detallar en qué medida el lenguaje psicológico no es accesorio, anecdótico, o secundario respecto a la expresión de lo mental; sino que es, de hecho, el núcleo constituyente de la propia psicología. La primera operación, digámoslo así, para asegurar un terreno exclusivo, independiente y privativo de la psicología. O el primer paso para estabilizar la ilusión de su soberanía.

Tanto es así que a lo largo y ancho de estas revistas no dejamos de encontrar determinados guiones discursivos que se repiten hasta la saciedad. La mayoría de los términos que utilizan –interior, interioridad, mente–... ¿a qué apuntan? Lejos de la referencialidad en sentido lingüístico preciso, en estas palabras podemos encontrar al desnudo las coordenadas de la regulación política y de la producción de subjetividad. Las sugerencias, los imperativos, los consejos y las invitaciones constantes a la no-acción se condensan en las publicaciones a través de un recurso obligado a una metafísica de la interioridad:

“Explorar nuestro interior, escuchar a las diosas que habitan en nosotras, nos comportará equilibrio y crecimiento personal” (*Mente Sana*, nº 61: 78).

“La energía aguarda en nuestro interior, solo hay que llamarla” (*Psychologies*, nº 39: 7).

En lugar de animar a la participación pública o a la realización de actividades comunitarias, estos dispositivos abogan por un cultivo del yo y un ensimismamiento, un repliegue y un retiro del individuo sobre sí mismo al margen de las posibilidades del mundo:

“Es banal que importe más lo de fuera que el interior” (*Psicología Práctica*, nº 126: 100).

“Verás entonces cómo encuentras la paz en tu interior y dejas de buscarla en el exterior (...)” (*Psychologies*, nº 39: 130).

“La libertad interior sólo se manifiesta cuando nos liberamos de las exigencias externas” (*Psicología Práctica*, nº 131: 38).

“Lo que cada uno percibe del mundo físico es un reflejo de su interior (...)” (*Mente Sana*, nº 5: 80).

Como hemos tenido ocasión de comprobar, nos topamos en estas revistas con una interioridad que, precisamente por estar al margen del mundo, alberga la capacidad de subsumir bajo sus dominios al mundo entero. Fernando Álvarez-Uría (2011) habla de un mundo (la mente, la interioridad) en el que ya *hay cabida para la totalidad del mundo*. Todo aspecto de la vida es susceptible de redefinirse desde estos términos. Y, lo que es más grave, las consignas de la interioridad invitan, al mismo tiempo, a devaluar la importancia de cuanto se oponga a la absurda y metafísica generalidad de lo interior. La interioridad no puede formularse al hilo de contenidos concretos porque esta retórica es justo el dispositivo que permite ignorar la incómoda complejidad de las injusticias sociales, o la especificidad de las diversas y tan distintas condiciones materiales de vida. Siendo puro lenguaje, la interioridad cancela todo orden de la acción para redundar en una esencia única y personal de cada individuo; una interioridad que es ya la finalidad última del individuo y la solución a todos sus males –su refugio, su garantía de salvación, su marca de exclusividad, etc.–. En el límite de su discurso podemos advertir sus abstracciones y tautologías carentes de contenido:

“«Busca tu propio paraíso interior». Leer y escribir nos ayuda a encontrar nuestro propio manantial interior. Y para alimentarlo, hemos de sacar de nuestra mina interior todo lo valioso que tengamos” (*Psicología Práctica*, nº 127: 60).

“El silencio interior es una parte importante de su vida: «Lo logro cuando puedo desocupar mi identidad y entrar en un lugar donde no existe ni el tiempo ni el espacio ni la nada»” (*Mente Sana*, nº 61: 27).

Aclarando un poco mejor esta cuestión, diríamos que lo “exterior” –como forma de explicar la esfera de la acción– no es algo que preceda en ningún modo a la actividad, sino que es el complejo producto que va advirtiéndose como “exterior” a partir del contacto y operación con el mundo. A partir de la acción humana va decantándose la posibilidad de este viejo dualismo: al “exterior” arrastramos lo que hemos ido dando por “objetivo”, por “objeto”: todo aquello que hemos ido considerando como ajeno a nuestras intenciones. En el “interior” queda, por el contrario, el universo de nuestros deseos, de nuestros intereses, de un yo supuestamente aislado de todo lo demás.

Recuperando la hipótesis de Nancy Armstrong que manejábamos en las primeras páginas de este texto, afrontamos el deseo –y sus procesos sociales de producción y gestión– como una de las condiciones indispensables para la formación de una subjetividad moderna, *psicologizada*, atravesada por el lenguaje de la interioridad. Destacamos, pues, el papel nuclear del deseo en la constitución de la interioridad. Una interioridad que no es que venga a oponerse al orden material; sino que sus posibilidades de articulación ya dependen de una renuncia, un olvido e incluso una condena a las posibilidades de operación en el mundo:

“(…) has perdido el contacto con tu mundo interior. Así que empieza escuchando tus deseos sencillos, incluso fútiles” (*Psychologies*, nº 67: 107).

“No hay ninguna creencia externa que deba ser tenida en cuenta por una pareja. Lo único que importa es su propio deseo” (*Mente Sana*, nº 64: 57).

Siguiendo al Nietzsche de *La genealogía de la moral* (1887/2008), “Todos los instintos que no se desahogan hacia fuera *se vuelven hacia dentro* (...)” (p. 108-109). En la propia tensión de los deseos no cumplidos, o de las aspiraciones no resueltas, Nietzsche halla la clave de una interiorización que se va haciendo cada vez más y más densa con el decurso histórico. En las revistas esto es muy evidente: lo interior es el lugar desde el que los cantos de sirena de estos artefactos de control alientan a buscar todo aquello que pueda faltar, a lograr todos aquellos anhelos no llevados a cabo. Sacando a colación la lectura que Florentino Blanco hace de este aspecto de Nietzsche en *El cultivo de la mente* (2002), tenemos la oportunidad de atender cómo para Nietzsche lo interior no es tanto efecto del deseo como de la mala conciencia por la transgresión de la norma.

“La hipótesis es que el proceso de socialización de la humanidad, de renuncia progresiva a la libertad, al instinto o a la espontaneidad, va creando un *espacio interior*, el espacio de la mente, que surge y se desarrolla al hilo de ciertos contenidos, de ciertas formas culturales cristalizadas (lenguaje, prácticas legales, etc.) (...) En definitiva, para Nietzsche (...) el interior es, desde el principio, el espacio del conflicto, del desprecio por uno mismo, de la sospecha o el extrañamiento respecto a los propios deseos, que enseguida son tematizados como *tentaciones* (...) En este sentido, la propia conciencia como función reguladora del comportamiento emergería ya como *mala conciencia* (...) En realidad, diría Nietzsche, la conciencia sólo te *recuerda* lo que está mal (...) La cultura invierte buena parte de sus recursos en el diseño de dispositivos externos del recuerdo.” (Blanco, 2002: 127-128).

A la estela de la última frase de esta cita, juzgamos pertinente decir que nos planteamos estas publicaciones precisamente como instrumentos –en este caso, soportes escritos– que hacen las veces de memoria de las exhortaciones e imperativos de la cultura. Imperativos en los que Nietzsche colocaría, al mismo tiempo, el epicentro de la sujeción/subjetivación, es decir, la formación del sujeto a partir de la culpa y de la sumisión a la regla.

“Rebélate. Libérate de culpas y normas tóxicas” (*Psicología Práctica*, nº 147: portada).

“Deja de sentirte juzgada. Aprende a dialogar con tu juez interior” (*Mente Sana*, nº 57: portada).

“Reforzar lo positivo implica entender la culpa como un motor y no como un freno, como un aviso que en ocasiones, nos obliga a reconocer un desliz, una falta o una mala decisión”⁹ (*Psychologies*, nº 69: 8).

⁹ No nos parece circunstancial que en la página siguiente a donde se encuentran estas palabras incluso la publicidad esté trabada bajo esta retórica de la culpa. Se trata del anuncio

El problema de la culpa, en numerosos sentidos, nos remite de forma inexorable a los procesos de subjetivación o de interiorización. En Nietzsche, de hecho, las técnicas de control –sujeción– corren paralelas –fundándose y confundándose– con las técnicas de hacer sujetos o de producir subjetividades. La autora norteamericana Judith Butler (1997/2010) ha sabido explicar las aportaciones del filósofo con notable claridad:

“(…) Nietzsche nos ofrece percepciones políticas sobre la formación de la psique y el problema de la sujeción, entendida ésta, paradójicamente, no sólo como la subordinación del sujeto a una norma, sino como la constitución del sujeto a través de la subordinación (...) Aunque resulta tentador pensar que la regulación social es simplemente internalizada, traída al interior de la psique desde fuera, el problema es más complejo y, de hecho, más insidioso, puesto que la frontera que divide el adentro del afuera se instala precisamente a través de la regulación del sujeto (...) Nietzsche señala que la mala conciencia *fabrica* el alma, esa extensión de espacio psíquico interior (...) La mala conciencia sería la fabricación de interioridad que acompaña a la ruptura de la promesa, a la discontinuidad de la voluntad, pero el «yo» que había de mantener la promesa es precisamente el efecto cultivado de esta constante fabricación de interioridad” (p. 78-86).

En línea con el comentario de Butler, no asumimos que las pautas y mandatos funcionen circulando desde el lenguaje de los otros hacia la *voz en off* o voz interiorizada del pensamiento o la conciencia individual. Dichas pautas no pueden ser traídas al interior porque precisamente son las condiciones de establecimiento del límite imaginario entre el adentro y el afuera. Las pretendidas interioridad y exterioridad no existen en un plano ontológico previo: constituyen las ficciones asumidas y completamente necesarias en la regulación del sujeto. Tanto es así que la negación de esta distinción empuja a la psicología a una tesitura de entredicho: como si la psicología se quedase sin una de las distinciones discursivas mediante las que ha cobrado sentido históricamente y ha logrado emerger como disciplina. O como si la psicología se hubiese hecho relevante sobre esta distinción, y ya no hubiera forma de cancelarla desde la propia psicología. Abogamos, por tanto, por una forma de investigar que no implique sostener este dualismo o, al menos, que no implique defender la idoneidad de esta segregación más allá de sus funciones interesadas.

La oposición entre el orden material del mundo y el dominio *interior* del deseo – o entre las formas de actuación con los otros y la sustantivación de una mente autosuficiente– encuentra en estas revistas psicológicas para mujeres un lugar inmejorable para deshacer estas controversias en favor, cómo no, del uno mismo. Parece que la psicología ha penetrado muy bien en esa red de relaciones tópicas

de una barrita de chocolate –de una conocida marca de alimentación– destinada al cuidado de la línea de las mujeres: “Hemos eliminado los remordimientos para que quepa un 50% más de chocolate”.

burguesas por las que las mujeres asumieron todas las engorrosas actividades de cuidado, de presentación y representación, o de regulación de los vínculos familiares. En tanto que clientas –como condición casi preponderante a cualquier otra–, las lectoras hallan en las publicaciones las justificaciones psicológicas sobre la relación maternofamiliar, la comida, el control emocional o el atractivo; al lado de los juguetes de bebés, los libros con recetas de cocina, los cursos de yoga o los catálogos de cosméticos. Pero, mucho más que eso, su principal peligro reside en todos esos mantras e imperativos reflexivos que ningunean las posibilidades de acción ciudadana y de participación política o, como mucho, que supeditan toda acción posible a la compra de productos de conocimiento y de vanagloria del yo. Como apunta Fernando Álvarez-Uría (2006):

“El recurso a los consumos psicológicos engrana bien con los avances del neoliberalismo y el capitalismo de consumo, pues presupone un sujeto que renuncia voluntariamente a intervenir como ciudadano en el espacio público, un sujeto no político o antipolítico que acepta la servidumbre al orden instituido” (p. 131).

Según hemos señalado repetidamente en este trabajo, la *psicologización* y los procesos de subjetivación se han escindido tanto de sus posibles condiciones de génesis a lo largo del XVIII, que no resulta plausible ponernos a buscar ahora estrictas analogías entre dos momentos tan distintos y distantes en la producción histórica de sujetos. No obstante, lo que sí nos parece razonable es atender los ajustes y transformaciones que se han ido dando a partir de dominios histórico-culturales concretos. En este sentido, las revistas nos muestran unos efectos de interioridad y de hipertrofia del yo que no tienen por qué deberse necesariamente a las mismas tesituras de su emergencia durante la Ilustración. Aún así, nos gustaría dejar constancia de que muchas de estas premisas de la domesticidad burguesa siguen vigentes. Las relaciones de pareja, la maternidad, el cuidado de la familia o la esfera de la afectividad –trabada desde la semántica de la emoción– conforman los grandes ejes en torno a los que orbitan estos artefactos. Si bien el grueso de su discurso se arma sin la necesidad constante y rigurosa de reafirmar la reclusión y la inactividad de las mujeres en el hogar, en ocasiones esta ideología se hace completamente explícita:

“Mi casa soy yo. Refleja nuestra personalidad y nos proporciona abrigo. Evoluciona al ritmo que lo hacen nuestras relaciones, familiares y amorosas, con sus satisfacciones y también con sus conflictos”. (*Psychologies*, nº 61, portada).

“Ricardo es biólogo y Marta, que es asistente ejecutiva, dejó de trabajar cuando nacieron sus hijas para dedicarse totalmente al hogar”. (*Mente Sana*, nº 5: 96).

“Tu casa, reflejo de ti. Tu casa es un verdadero hogar cuando le has aportado buena parte de ti, en la decoración, en la disposición de las cosas, en el orden, etc. Si está desordenado o tiene desperfectos, te está afectando negativamente aunque no lo sepas. Un toallero medio descolgado, un armario desordenado, una alfombra con la que tropiezas a menudo son molestias innecesarias que te restan energía. Es importante que utilices un poco de tiempo y de dinero en reparar o redecorar tu casa, ya que eres tú quien puede convertirla en un auténtico reducto de paz para ti y los tuyos”. (*Psicología práctica*, nº 126: 42).

Con estas citas textuales pretendemos destacar justamente la conexión entre los viejos códigos burgueses de la novela y su persistencia, más o menos actualizada, en publicaciones que, a día de hoy, podemos encontrar en los quioscos de prensa. De igual modo, sostenemos que hablar de una imbricación mutua entre *psicologización* y *feminización*, en relación de interdependencia constante, evita la habitual problemática entre causas y efectos. Globalmente, la tesis que defendemos trata de mostrar esa continuidad temporal que existe entre ciertos postulados antiguos que se revelan hoy perfectamente modernos y vigentes.

4. Conclusiones

Somos conscientes de lo problemático que resulta hablar de *psicologización* en el siglo XVIII en términos históricos, teniendo en cuenta que la emergencia de la psicología como disciplina académica no se produciría hasta finales del XIX. En ciertos aspectos, nos parecía más correcto utilizar la expresión “interiorización” o “hipertrofia de la interioridad”. No obstante, hemos optado por tomar el concepto de *psicologización* en este texto con la intención de vincular expresamente el dominio de la psicología –y su campo semántico– con la construcción cultural de la feminidad.

De hecho, en este texto desgranamos algunas de las tesituras históricas que abrieron paso, en nuestra opinión, al surgimiento de la psicología como institución cultural a finales del siglo XIX. Y lo que sostenemos, como hemos venido discutiendo, es que muchas de estas condiciones tuvieron que ver, en buena medida, con determinados horizontes de normalización de lo femenino. Es decir, que la psicología tuvo en la ficción doméstica –que asimiló la tradición anterior de la pedagogía femenina de los libros de conducta– y en las situaciones de encierro e inacción del hogar algunas de las principales condiciones de posibilidad para su emergencia cultural. No obstante, ahora llegamos a un punto en el que dejamos de saber –e incluso en el que deja de importar saber– si es la *feminización* la que trabaja para la *psicologización*; o si es la psicología –ya como territorio autónomo– la que colabora en la reificación de la feminidad y la justificación de las diferencias entre hombres y mujeres. En el momento en el que estas revistas son a un tiempo femeninas y psicológicas, no sólo encontramos una pista para trazar una genealogía de la *psicologización* a partir de la estabilización de lo femenino, sino también la ocasión para estudiar –en acontecimientos culturales específicos– cómo la psicología ha acabado por usurpar y adueñarse –semánticamente, pragmáticamente– de los dominios culturales desde los cuales encontró su vía de emancipación.

No nos conformamos por tanto con sugerir que determinadas formas de *feminización* han catalizado los procesos de *psicologización*. A día de hoy, productos como los elegidos para este estudio prescriben la feminidad desde la psicología a la vez que fomentan la *psicologización* de la cultura a partir de formas de escritura

dirigidas a mujeres. Como venimos sugiriendo a lo largo de este ensayo: *psicologización y feminización*; un viaje de ida y vuelta.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez-Uría, Fernando (2006) Viaje al interior del yo. La psicologización del yo en la sociedad de los individuos. En Castel, R., Rendueles, G., Donzelot, J. y Álvarez-Uría, F. (Trad. Marisa Pérez Colina) *Pensar y resistir. La sociología crítica después de Foucault*. Madrid: Círculo de Bellas Artes.
- Álvarez-Uría, Fernando (2011) La psicologización del yo: materiales para una genealogía del descubrimiento del mundo interior. *Educação & Realidade*, 36 (3), p. 911-944. Extraído el 11/01/2012 de: <http://seer.ufrgs.br/educacaoe-realidade/article/viewFile/21403/14350>
- Amorós, Celia (2005) Crítica de la identidad pura. *Debats*, 89, p. 62-72.
- Anievas-Gamallo, Isabel (1992) Virginia Woolf's Mrs. Dalloway: a journey into the inner mind. *Estudios humanísticos. Filología*, 14, p. 157-170.
- Armstrong, Nancy (1991) *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela* (Trad. María Coy). Madrid: Cátedra. Obra original publicada en 1987.
- Bachelard, Gaston (2011) *La poética del espacio* (Trad. Ernestina de Champourcin). México: Fondo de Cultura Económica. Obra original publicada en 1957.
- Beauvoir, Simone de (2011) *El segundo sexo*, vol. I y II (Trad. Alicia Martorell). Madrid: Cátedra. Obra original publicada en 1949.
- Blanco, Florentino (2002) *El Cultivo de la Mente*. Madrid: Machado.
- Bourdieu, Pierre (1991) Entrevista audiovisual: episodio 3 de la saga de documentales "Grandes pensadores del siglo XX" de la cadena argentina Canal Encuentro.
- Bourdieu, Pierre (2010) *La dominación masculina* (Trad. Joaquín Jordá) Madrid: Anagrama. Obra original publicada en 1998.
- Bruner, Jerome (1990/2006) *Actos de Significado* (Trads. Juan Carlos Gómez Crespo y José Luis Linaza). Madrid: Alianza.
- Butler, Judith (2010) *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción* (Trad. Jacqueline Cruz). Madrid: Cátedra. Obra original publicada en 1997.
- Danziger, Kurt (1997) *Naming the Mind: How Psychology founds Its Language*. London: Sage.
- Davis, Lennard (2002) *Resistir a la novela. Novelas para resistir* (Trad. Ricardo García Pérez). Madrid: Debate. Obra original publicada en 1997.
- Foucault, Michel (1997) *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas* (Trad. Elsa Cecilia Frost) Madrid: Siglo XXI. Obra original publicada en 1966.
- Foucault, Michel (2009) *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad del saber* (Trad. Ulises Guiñazú). Madrid: Siglo XXI. Obra original publicada en 1976.

- Menéndez, María Isabel (2009) Aproximación teórica al concepto de prensa femenina. *Comunicación y sociedad*, XXII (2), p. 277-297. Extraído el 15/01/2012 de: http://www.unav.es/fcom/comunicacionysociedad/es/articulo.php?art_id=325
- Moliner, María (1994) Una reflexión de la mujer contemporánea a través de la voz femenina en la literatura: las mujeres de Mercé Rodoreda. *Asparkia: Investigación feminista*, 4, p. 87-102.
- Nietzsche, Friedrich (2008) *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*. (Trad. Andrés Sánchez Pascual). Madrid: Alianza. Obra original publicada en 1887.
- Roig, Mercedes (1977) *La mujer y la prensa. Desde el siglo XVII a nuestros días*. Madrid: Tordesillas.
- Sánchez, María F. (2009) Evolución de las publicaciones femeninas en España. Localización y análisis. *Documentación de las ciencias de la información*, 32, p. 217-244. Extraído el 07/02/2012 de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3099153>
- Tomassi, Wanda (1993) Cosmos: la experiencia del cuerpo femenino en Simone Weil (Trad. María-Milagros Rivera). *Revista d'Estudis Feministes*, 5, p. 99-113. Extraído el 10/02/2012 de: <http://www.raco.cat/index.php/duoda/article/viewFile/59934/89265>
- Varela, Julia (1997) *Nacimiento de la mujer burguesa*. Madrid: La piqueta.

Fuentes primarias

- Mente Sana: la revista de psicología positiva. Editora: RBA Revistas. Números consultados: 5, 57, 61, 62, 64.
- Psicología Práctica. Editora: Globus. Números consultados: 126, 127, 130, 131, 147.
- Psychologies. Editora: Prisma Publicaciones. Números consultados: 39, 61, 67, 69.